

poco mediatibundos nos dejaron aquellas noticias; pero ya no era tiempo de retroceder, pues llevábamos gastados cerca de cien pesos en cohetes y luces, medio eficaz de que nos valimos, anticipando su costo para obligarnos á no desfallecer ante las dificultades. Por lo pronto no sabíamos qué decir ni qué decisión tomar, hasta que paulatinamente fué creciendo en todos el entusiasmo, al grado que hubo quien dijera que aun á pie iría en caso de no haber caballos y que dormiría bajo los árboles á falta de mejor alojamiento; decidimos, pues, no atenernos sino á nuestros propios esfuerzos. Pocos días transcurrieron sin que nos volviéramos á reunir, pues convocados por el Dr. Altamirano, celebramos otras juntas en las que definitivamente se arregló el viaje; una de las decisiones más importantes que se tomaron fué la sugerida por las noticias que tuvo el doctor al ir á Ayotla, sobre la posibilidad de conseguir un coche especial en el que podríamos llevar nuestro equipaje y todo lo de la excursión. Agradable noticia fué esta é inmediatamente se reunió la cantidad para el arreglo definitivo.

Un nuevo incidente vino á empañar por momentos nuestro júbilo y á hacernos vacilar en la partida. En los momentos de llegar el Dr. Altamirano de Ayotla, encontró en su casa noticias muy alarmantes sobre la salud de su esposa y de uno de sus niños, que á la sazón se encontraban en Querétaro, al grado que tuvo que partir esa misma noche, para al día siguiente traerse á su familia; pero eso no valió, pues la salud de su esposa siguió alterada y aun hubo necesidad de una ligera operación, de cuyo resultado estaba pendiente el doctor para ir ó no á la expedición; todos nosotros, igualmente pendientes, hubiéramos suspendido ó diferido el viaje para mejor ocasión; pero la suerte quiso que la señora se mejorara ya casi en los últimos momentos y que el doctor quedara en libertad para marchar.

Entonces pudimos apreciar una vez más la actividad de dicho señor, su precisión para los viajes y el entusiasmo que lo domina para ellos; en pocos instantes arregló su equipaje, el de sus dos niños y los de las Sritas. Josefina su hija y María su so-

brina, que deberían acompañarlo. Estas comenzaron á prestarle importantes servicios, ayudándole en todo lo relativo al abastecimiento de comestibles; pronto vimos un cajón lleno con botes de café en polvo, tablillas de chocolate, botes de leche condensada, frascos con aguardiente, cafeteras, cocina portátil, y en fin, otros muchos utensilios que nos fueron muy útiles.

Llegó por fin la noche víspera del viaje, en la que todo estaba ya arreglado; todavía cuando nos despedimos para retirarnos del Instituto, dejamos allí algunas personas que le daban la última mirada á los catres de campaña que se habían improvisado con motivo de las noticias relativas á la falta probable de alojamiento.

¿Durmieron esa noche todos los compañeros? Es probable que no.

#### De México á Jojutla.

(Por el ferrocarril de Morelos, 196 km., 10 horas de viaje.)

Por fin, amaneció el día 1º de Enero de 1892 y á las 7.30 am. llegamos á la estación de San Lázaro, creyendo ser de los primeros; pero ya casi todos estaban instalados en el coche especial que nos había de conducir, pues no contentos con ser puntuales quisieron anticiparse para estar seguros de que no los dejaría el tren. Difícil nos fué á los que llegamos postreros el podernos instalar como hubiéramos querido, pues la mayor parte de los asientos estaban escogidos y otros muchos llenos por los equipajes, que por ser wagón particular nos concedieron los lleváramos con nosotros mismos, no obstante ser algo voluminosos. Momentos antes de la partida no nos ocupábamos más que de saludarnos unos á los otros, presentar á las personas desconocidas y comenzar á formar comentarios sobre las dificultades más ó menos grandes con que podríamos tropezar en nuestro viaje; estábamos en esto y otros arreglos, cuando una campanada anunció que se acercaba la hora de partir; entonces

echamos de ver que sólo faltaba el Dr. Villada, y no dejamos de comenzar á recelar que se hubiera dormido y que no fuera á alcanzar el tren; pero pocos momentos antes, cuando ya asegurábamos que no venía, vimos aparecer su simpática figura por la puerta del andén que, precedido de tres niños, se dirigía con pasos medidos al estribo del wagón; no pudimos menos de alegrarnos y con frases y señas indicarle que subiera cuanto antes, pues el tren iba á ponerse en marcha. Un tercer toque anunciaba en aquellos momentos que era la hora de partir y lentamente se puso el tren en movimiento. Por las ventanillas se despedían algunos compañeros de las personas de su familia ó de sus amigos con la pena de que no nos acompañaban para compartir en nuestros goces ó sufrimientos futuros.

He aquí la lista de las personas que formábamos la comitiva:

Sr. Dr. Altamirano, Director del Instituto Médico Nacional.  
La Srita. Josefina y los niños Rafael y Fernando, hijos de dicho doctor, y la Srita. María Cortés, su sobrina.

Sr. Dr. Govantes, Miembro del Instituto Médico.  
„ „ Villada, Profesor en el Museo Nacional y tres niños.  
„ „ Toussaint, Miembro del Instituto Médico.  
„ „ Lozano, ídem ídem ídem.  
„ Prof. A. L. Herrera, ídem ídem ídem.  
„ Ing. Puga, Presidente de la Sociedad « Alzate. »  
„ Adolfo Tenorio, paisajista.  
„ García, fotógrafo.  
„ Schwenghagen.  
„ Sevilla.  
„ Prof. Espino Barros y su sobrino.  
„ Morales.  
„ Giovenzzana

y cinco mozos.

Por total éramos veintiocho personas, entre las que había dos señoritas y cinco niños.

Ojalá y nuestra pluma tuviera frases con que poder dar una idea de cada uno de los excursionistas, su carácter, su figura, etc., pues serviría mucho para formarse idea de cómo cada uno de los viajeros contribuyeron á hacer de este paseo uno de los más gratos que hemos realizado.

Días antes de partir había hecho el Dr. Altamirano un programa de los estudios que deberían de emprenderse, distribuyéndolo entre el personal de la expedición, según sus aptitudes y aficiones; propuso además, para servir de estímulo, algunos premios á los que desempeñaran con eficacia y bajo ciertas condiciones sus encomiendas.

Quedaron, pues, así divididos los estudios:

Climatología, Sr. Altamirano.  
Botánica, Sr. Villada.  
Zoología, Sr. Herrera.  
Geología, Sr. Puga.  
Aguas minerales, Sr. Lozano.  
Bacteriología, Sr. Toussaint.  
Fotografía, Sres. García y Giovenzzana.  
Pintura y paisaje, Sr. Tenorio.  
Crónica del viaje, Sr. Puga.

Poco nos fijamos en la primera parte del camino, pues ya nos es muy conocida hasta Ayotla, á donde llegamos á las 9.30, nos bajamos un rato; y mientras el Dr. Altamirano recogía de la estación unos albardones que le había dejado el Sr. Almazán, nosotros nos desayunamos con chalupitas y tamales de los muy sabrosos que salen á vender, y el resto del camino, hasta Ameca, lo entretuvimos la mayor parte en ver unas vistas de la gruta que llevaba el Sr. Herrera, y en leer una descripción de la misma, hecha por el Sr. Landesio, Profesor que fué de nuestra Escuela de Bellas Artes, y otros libros; el que nos entretuvo un buen rato fué una geografía del Estado de Morelos, escrita por el Sr. Robelo, que la leíamos con interés por saber algo relativo al Estado que íbamos á atravesar en su mayor parte.

Casi desapercibido pasó, pues, para nosotros el tramo hasta Amecameca; pero desde este punto en adelante cada vez fué tomando el camino mayor interés, presentándose poco á poco el variado y rico panorama de las extensas vertientes del Popocatepetl, las cuales con un descenso constante y formando profundas barrancas y prolongadas pendientes, preparan el terreno para bajar á lo que propiamente se llama tierra caliente. En este tramo se encuentra inmediatamente después de Amecameca la estación de Ozumba, población que aunque pequeña y de poca importancia, por su distribución irregular á uno y otro lado de la barranca que lleva su nombre, presenta un aspecto risueño, sobre todo, cuando se le mira desde el magnífico puente por donde atraviesa la locomotora para llegar á la estación. En este punto es donde se almuerza; por consiguiente la mayor parte de nosotros bajó á la estación y tomamos asiento en una de las mesas del mal restaurant que allí existe, encontrándose entre nosotros varios de los demás pasajeros y el conductor del tren Sr. Sonié, francés de nacimiento, quien invitado por el Dr. Altamirano, vino á tomar la sopa en nuestra compañía. Durante la comida reinó la mayor cordialidad entre todos y sólo hubo un momento en que temíamos que hubiera habido algún disgusto, pues habiendo descubierto el Sr. Sonié que entre nosotros venía un alemán y que se hallaba sentado á la mesa nada menos que frente á él, comenzó á iniciar una conversación patriótica y concluyeron diciendo uno que si no fuera francés quisiera ser francés, y el otro, que si no fuera alemán nunca quisiera ser francés. Estaba en este punto la conversación cuando el chasquido de una botella de cerveza que destapó un mozo detrás de Sonié, lo distrajo y cambió de giro la plática; poco después nos levantamos y nos dirigimos al tren, que ya poco faltaba para que partiera.

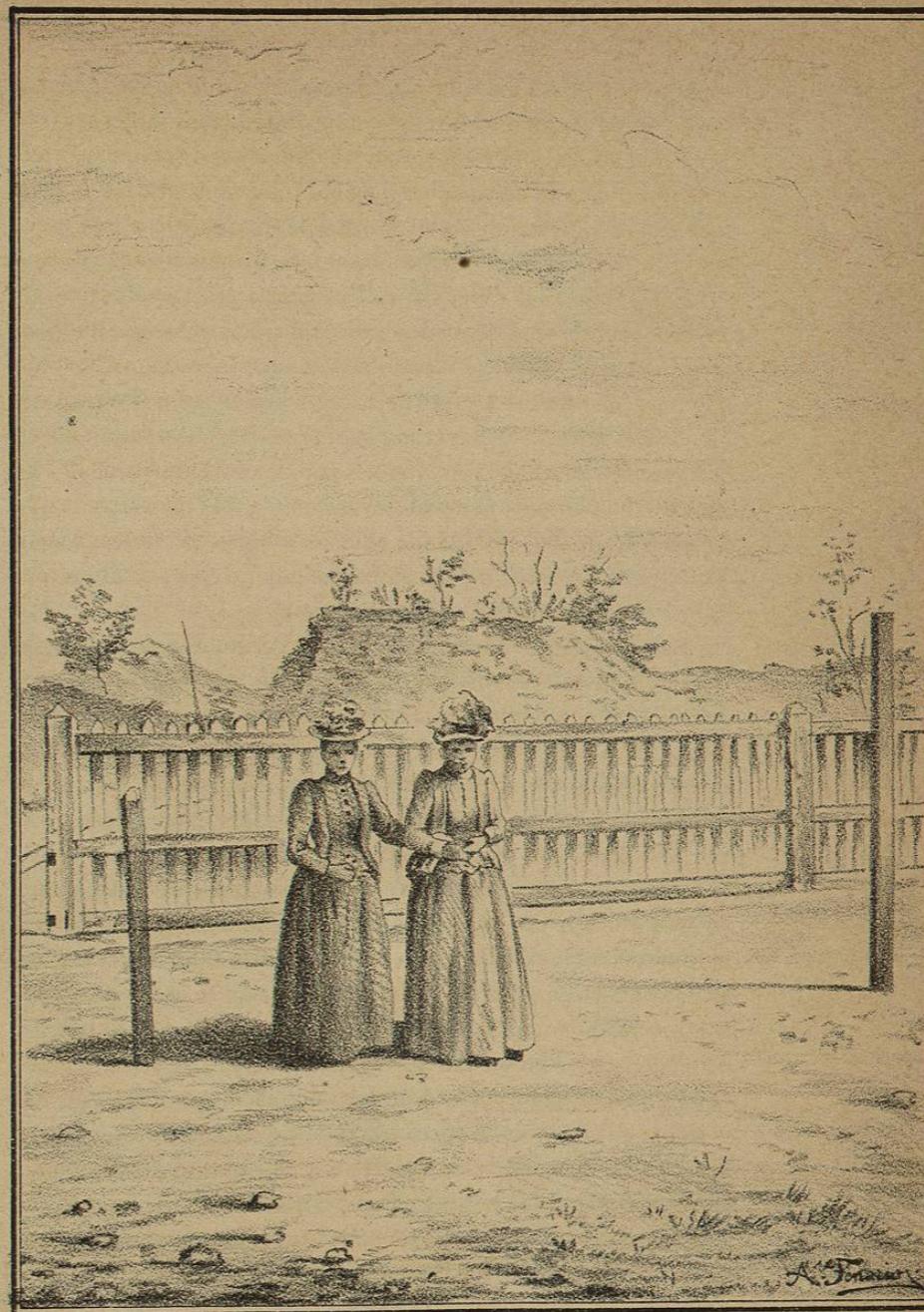
Con estos y otros episodios de fin de comida y principios de digestión salimos de Ozumba. Pintoresco y espléndido es el paisaje que comienza desde este punto ante la mirada del viajero que con vertiginosa carrera desciende dando vueltas y más vuel-

tas en todos sentidos y viendo pasar los cerros de su derecha á su izquierda, hasta que llega un momento en que la mirada tiene que llevarse muy lejos para poder alcanzar el valle que se extiende al pie de las montañas y que envuelto en blanquecina bruma, con dificultad se distingue; desde allí es donde comienzan á contemplarse las planicies del Estado de Morelos; desde allí es donde se mira el rico Plan de Amilpas, donde se hallan ubicadas las grandes haciendas azucareras que constituyen la riqueza del Estado; y en fin, desde allí es donde se ve casi por completo la configuración de su suelo. Por un lado se presentan hacia el Oriente las últimas vertientes del Popocatepetl que terminan en el Peñón de Jantetelco, masa rocallosa que aislada se levanta sobre el suelo, dominando todo lo que le rodea. Por el Poniente se presenta la Sierra de Tepoztlán, majestuosa en sus masas de rocas cortadas á pico y cuyos picachos sobresalientes simulan castillos feudales diseminados en la montaña y ocupando lugares inexpugnables; más allá la Sierra de las Teptillas; y por último, muy lejos al Sur, los cerros de Tlaquilteango y Jojutla. Numerosas y quebradas son las montañas del Estado de Morelos; pero fácil es comprender su distribución, dependiendo casi todas ellas de la cordillera que une el Ajuseco y el Popocatepetl y que forma los límites boreales del Estado; se dirigen la mayor parte de Norte á Sur, dejando tres grandes valles: el Plan de Amilpas ó sea el Valle de Cuautla, el Valle de Yautepec y Jojutla y el Valle de Cuernavaca y Tetecala, cuyas corrientes se unen todas para formar el caudaloso Amacuzac que corre de NW. á SE., al pie de la Sierra que limita el Estado por el Sur. Áridas y casi estériles son las tierras que forman las montañas del centro del Estado, en contraposición con la fertilidad y vigorosa vegetación que se desarrolla en los valles y planicies, y justamente desde las alturas de donde baja el tren se contemplan las montañas sin vegetación, ostentando solamente picachos blanquecinos que contrastan con lo verde que de distintos matices alfombran los valles.

Poco tiempo duramos nosotros en esta contemplación, pues

detuvo el tren su marcha y se nos anunció que llegábamos á la estación de Nepantla. En este punto teníamos que esperar el tren de subida, y por consiguiente podíamos disponer de algunos minutos que aprovechamos para tomar fotografías de unos paredones que existen aún al lado de la estación y que dicen son ruinas de la casa que habitó en sus primeros años la insigne Sor Juana Inés de la Cruz. Las Sritas María y Josefina no sólo se contentaron con ir á ver dichas ruinas, sino que queriendo llevar una prueba ó recuerdo de haberlas visto, arrancaron algunas piedrecitas y unas hojas de las plantas que crecen al pie de los muros. Todavía algún tiempo después seguimos en la estación, pues el tren que esperábamos venía atrasado, de suerte que pudimos ponernos á contemplar el panorama de que se goza desde allí, entablado además sabrosa conversación con el Dr. Altamirano, que con suma facilidad y claridad nos explicaba lo que se extendía á nuestra vista.

La estación de Nepantla se puede considerar, nos decía el doctor, como el balcón desde donde se ve tierra caliente; colocada en la ladera que forman las ramificaciones de la Sierra del Popocatepetl, es también el escalón que hay entre tierra fría y tierra caliente. Su altura sobre el nivel del mar es de 200 metros y justamente por estos lugares es donde comienzan á verse variar los caracteres de la vegetación para pasar de las especies que viven en tierra fría á las propias de tierra caliente, y aun se cree que á esta circunstancia debe su nombre que es de origen mexicano y que significa *lugar de la medianía*. De este punto para adelante sigue el camino con más y más vueltas, presentándose por mucho tiempo el mismo paisaje que desde un principio y sólo comienza á sentirse un aumento en la temperatura, lo que seguramente originó que la mayor parte de los viajeros entraran en reposo, tratando de dormir unos, leyendo otros; pero la mayor parte callados y tranquilos, atestiguando que pasaban por las horas de la digestión. Nosotros íbamos recargados en una ventanilla cuando escuchamos que la Srita. María de tiempo en tiempo decía los números de los postes ki-



LAS EXCURSIONISTAS

*visitando las ruinas de la casa donde se supone nació Sor Juana Inés de la Cruz.*

lométricos que encontraba el tren; le preguntamos con qué fin lo hacía y nos recordó que por aquel rumbo debía de encontrarse la barranca de Escontzín, y que según el Sr. Sonié debía estar en el kilómetro 114. Inmediatamente que se escuchó la palabra Escontzín, la mayor parte se agolpó á las ventanillas y estuvimos pendientes para poder ver el kilómetro 114. Por fin, después de un rato, llegamos á la barranca que está atravesada por un puente que á lo sumo tendrá seis metros de claro y donde no obstante su poca profundidad perecieron el 23 de Junio de 1881 cerca de 400 infelices soldados que conducía el tren y cuyo siniestro ha dado á aquel lugar triste celebridad. Una vez que saciamos nuestra curiosidad y que se alejó de nuestra vista, quedaron todos de nuevo en la mayor tranquilidad, mientras nosotros recargados contra un vidrio contemplábamos la Sierra de Tepoztlán, que á medida que el tren desciende y se acerca á ella, toma grandes proporciones y espléndido aspecto. Transcurrió el tiempo sin sentir hasta que á las tres de la tarde llegamos á Cuautla. En este punto permanece mucho tiempo el tren, de modo que pudimos bajarnos y aun ir al zocalito que está frente al ex-convento de San Diego, en donde algunos compañeros acosados ya por la temperatura de aquellos lugares, se tomaron algunos vasos de nieve. Muy pintorescas y encantadoras se presentan aquellas tierras para los que la mayor parte de su vida la pasan en la ciudad; de modo que mucho gozamos contemplando los extensos campos sembrados de caña, las grandes huertas tupidas de árboles frutales y toda aquella vegetación que constituye la riqueza de aquellos pueblos. Mientras el tren partía, nos pusimos con el doctor á platicar algo relativo á Cuautla, recorriendo rápidamente su historia desde que fué teatro de los hechos más heróicos del héroe cuyo nombre lleva, hasta la actualidad, que se puede considerar como centro de las principales fincas de campo que hay en los distritos de Morelos y Juárez. Cuautla es la ciudad de mayor población en todo el Estado después de Cuernavaca; es la cabecera del distrito de Morelos; se encuentran allí todas las oficinas federales y aun al-

gunas fuerzas de guarnición que contribuyen para mantener movimiento y animación; posee unos magníficos manantiales de agua sulfurosa y en sus alrededores se encuentran preciosas y ricas huertas. Cesó nuestra plática cuando se puso el tren en marcha; nos asomamos á las ventanillas para contemplar el campo; pues desde Cuautla hasta Yau-tepec ó Tlaltizapán se puede considerar que el camino está abierto por entre un jardín; por un lado veíamos extensos cañaverales que se perdían; por otro lado agrupaciones de plataneros que con sus anchas hojas y color verde vivo, constituyen uno de los atractivos para el que viaja por climas cálidos; de trecho en trecho magníficas fincas que parecen pueblos y que no son sino las haciendas de caña características por sus chimeneas y grandes galeras. En fin, un panorama variado que á cada paso nos arrancaba exclamaciones de admiración por tanta belleza ó por ver reunidas en un sólo lugar grandes riquezas; y recordamos perfectamente que el Sr. García, entre otros, entusiasmado y platicando con nosotros, llenaba de reproches á los dueños de aquellas fincas que generalmente no las conocen y sólo gozan de sus productos, gastando en el Extranjero el dinero que produce el suelo de su país.

Casi á las cinco llegamos á Yau-tepec, después de pasar por calles extensas de naranjos, cuyas ramas apenas podían soportar sus dorados frutos, llenando el ambiente de un aroma puro y agradable que todos aspirábamos con delicia. La estación estaba literalmente llena por la gente que esperaba el tren para embarcarse ó ir á Jojutla, en donde, como dijimos al principio, se celebraba una feria; todos los coches se llenaron y comenzaron algunos pasajeros á querer entrar en el nuestro, lo que nos obligó varias veces á mostrarles el letrero que llevaba, en el cual se indicaba que era reservado; entonces fué cuando comenzamos á experimentar la comodidad de un coche especial, pues mientras en los demás las gentes estaban en apretada confusión, nosotros íbamos cómodamente instalados. La aglomeración de gente era tal, que obligó á que se aumentaran algunos

coches; y como no había en la estación más que furgones y plataformas, fué lo que pusieron al servicio de aquella gente, que entre empujones, ducharajos y porrazos entraban á los furgones donde quedaban de pie, oprimidos y empaquetados como si fueran comestibles en conserva. Mucho tiempo permaneció el tren en la estación mientras se hicieron los aumentos y cambios necesarios, tiempo que nosotros aprovechamos en tomar una poca de nieve y platicar acerca de Yau-tepec.

Yau-tepec es la cabecera del distrito que lleva su nombre; se encuentra situado casi al pie de la Sierra de Tepoztlán y separado de Cuernavaca por la de las Tetillas, que depende de la primera. Encajonado como se encuentra el Valle entre elevados cerros y extensas lomas, corre por su parte media un caudaloso río que recoge la mayor parte de las corrientes que bajan de la Sierra del Norte y de las demás que le rodean; esta circunstancia y la de ser su lecho quebrado y muy pendiente, origina que el volumen de sus aguas aumente considerablemente en las épocas de las mayores lluvias, habiendo ocasionado en algunos años inundaciones que han destruído parte de la ciudad y causado algunas víctimas. Este río lleva el nombre de la ciudad, corre de Norte á Sur y reúne sus aguas, como casi todos los del Estado, con el río Amacusac.

La población de Yau-tepec es de cerca de 9,000 habitantes, que la mayor parte se ocupan en las faenas del campo. Se encuentran cerca de la población algunas de las mejores haciendas de caña del Estado, como son Atilhuayan, Oacaleo y otras.

Media hora después de estar parados nos pusimos en marcha, notándose en todos nosotros el cansancio ó la molestia causada por la monotonía y dilación en el movimiento del tren; de suerte que la mayor parte salimos á las plataformas para contemplar mejor el campo, y hasta las señoritas no quisieron dejar de tomar parte en la diversión; pues habiendo permanecido sentadas casi todo el día, sentían ya necesidad de dar algunos pasos ó cuando menos pararse, así es que colocadas en la plataforma y asidas de los fierros para poder soportar los movi-

mientos bruscos del tren, contemplaban el panorama encantador que ofrecía á nuestra vista la tierra caliente, y entusiasmadas conversaban alegremente con el Dr. Altamirano, manifestando á cada paso con nosotros las sencillas expansiones de su corazón. Todo era admiración, todo era júbilo y á cada momento las exclamaciones de ¡qué hermoso! ¡qué bonito! nos anunciaban que algún platanar, algún campo de caña ó alguna hacienda se presentaba á nuestra vista. Así transcurrió el tiempo hasta que llegamos á Tlaltizapán, en donde otra multitud de gente esperaba el tren para agregarse á la que ya venía en él. No muy agradable se presentó á nuestra vista el pueblo de Tlaltizapán, pues sólo pudimos ver jacales mal formados y diseminados sin orden; la multitud llenaba la pequeña plazuela que se ha formado donde para el ferrocarril: unos para embarcarse y otros con el sólo objeto de verlo llegar y partir, pues acaso es la única diversión que tienen en dicho lugar. Contemplábamos aquel cuadro, cuando nos llamó la atención un hombre que sentado muellemente sobre unas piedras con ademán de indolencia, fumaba un enorme puro sin preocuparse por lo que pasaba en su derredor y sólo echando de tiempo en tiempo bocanadas de humo; luego que nos fijamos en él pudimos notar con horror que tenía toda la piel manchada de azul, como si se la hubieran quemado con pólvora, y cuál sería nuestra admiración cuando advertimos que en medio de aquella multitud no era el único individuo con aquel defecto, sino que otros muchos, entre los que había mujeres y niños, tenían la cara y las manos igualmente manchadas. No pudimos menos de llamarle la atención al doctor, el que nos dijo que en aquel punto es precisamente donde comienza el *mal del pinto*; que á todos aquellos individuos les llaman *pintos*, y que no sólo tienen la cara y las manos manchadas, sino todo el cuerpo; siendo este mal al parecer hereditario, pues pasa de los padres á los hijos y que igualmente se puede adquirir por contagio, creyendo algunas personas que basta beber agua en la vasija donde ha bebido un *pinto* para que se transmita la enfermedad. Por lo demás, los indígenas que tienen este

defecto, parece que no comprenden su desgracia ni la repugnancia que inspiran, pues generalmente son los más altivos y los más altaneros, distinguiéndose entre los demás por su mollicie y altivez.

Ya desde este punto, por cada uno de los pueblitos que pasábamos veíamos algunos *pintos*, y el doctor nos llamaba la atención sobre la coincidencia que se nota entre la existencia de este mal y la naturaleza del terreno; pues generalmente donde el terreno es calizo y las aguas tienen un color verdoso y una limpidez particular, es donde comienzan á presentarse. Poco tiempo pudimos seguir en observación, pues el sol se ocultó tras las montañas del Poniente, y sólo en las pequeñas poblaciones que todavía tocó el tren, podíamos notar la multitud que venía á aumentar la ya compacta aglomeración que literalmente llenaba cuanto coche llevaba el tren, al grado de que poco antes de que llegáramos á Jojutla, vino á nosotros el conductor, sudando y jadeante por las fatigas y trabajos que le había costado recoger los boletos á todas aquellas gentes.

En Jojutla, cabecera del Distrito de Juárez.

Llegamos á Jojutla á las 6<sup>h</sup> 15<sup>m</sup> pm.; estaba la estación literalmente llena por la multitud que esperaba el tren, multitud que aumentó con los ríos de gente que bajaba de los furgones y plataformas que en todo el trayecto habían recogido numerosa concurrencia para la feria que se celebra en esta población en los primeros ocho días de cada año. Era tal el gentío que todos de común acuerdo determinamos quedarnos en el tren hasta que se desahogara un poco; así estuvimos esperando como media hora, cuando comenzó la máquina á hacer movimientos para formar el convoy que debía salir el día siguiente y colocar nuestro coche en el límite de la vía. Ya sea porque teníamos deseo de bajar, ó porque deseábamos ver los movimientos, casi todos nos agolpamos á las plataformas donde á falta de otra